

Homilía de Natividad del Señor

Año litúrgico 2012 - 2013 - (Ciclo C)

“Os traigo la buena noticia, la gran alegría”

Introducción

En esta noche buena y santa predomina la imagen de un Niño y la estampa de un pesebre. Son los soportes que utiliza el evangelista Lucas para indicar que la “Palabra se hace carne”. Mañana intentaremos profundizar en la Palabra, en la Encarnación, en el misterio de Dios hecho hombre. Eso mañana. Esta noche prevalece el NIÑO en un PESEBRE.

Y, en esta noche buena y santa, celebramos el nacimiento del Niño, su cumpleaños. Y recordamos a María, su madre, y a José, del cual dirá unos doce años más tarde María a Jesús: “Tu padre y yo te buscábamos desconsolados” (Lc 2,48). Hubo otros testigos del misterio: ángeles, pastores y, según la tradición, algunos animales. Todo muy familiar y sencillo, porque aquel Niño, “Dios con nosotros” (Mt 1,23), todavía era más de María y José que de todos los que, con su nacimiento, venía a salvar.

Dos mil doce años han pasado, dos mil doce navidades. Mucho tiempo, demasiado, para que podamos ceñirnos con exactitud a lo que aquella noche sucedió. Pero, aparte los detalles, lo fundamental es lo mismo. Nosotros lo adornamos lo mejor que podemos, haciendo más caso al corazón que a la historia, pero es porque lo queremos agradecer y rememorar como se agradecen y recuerdan los dones y gracias de un Niño.

En esta noche santa todos los caminos conducen a Belén. Todos somos peregrinos –viatores- que, cansados y agobiados de tanto invierno y tanta oscuridad, vamos en busca de este Niño, de su cercanía y su ternura. Al fin y al cabo, es sólo un Niño. “Un Niño nos ha nacido; un Hijo se nos ha dado” (Is 9,5). Si nos dejamos sorprender por esta estampa y esta imagen como los pastores, con seguridad que será el Niño quien coordine nuestros cantos –esta noche, villancicos- y nuestro corazón se irá llenando de una alegría similar a la que ellos sintieron en Belén.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 9, 1-6

El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaba en tierra y sombras de muerte, y una luz les brilló. Acreciste la alegría, aumentaste el gozo; se gozan en tu presencia, como gozan al segar, como se alegran al repartirse el botín. Porque la vara del opresor, el yugo de su carga, el bastón de su hombro, los quebrantaste como el día de Madián. Porque la bota que pisa con estrépito y la túnica empapada de sangre serán combustible, pasto del fuego. Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva a hombros el principado, y es su nombre: «Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre de eternidad, Príncipe de la paz». Para dilatar el principado, con una paz sin límites, sobre el trono de David y sobre su reino. Para sostenerlo y consolidarlo con la justicia y el derecho, desde ahora y por siempre. El celo del Señor del universo lo realizará.

Salmo

Salmo 95, 1-2a. 2b-3. 11-12. 13 R/. Hoy nos ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor

Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra; cantad al Señor, bendecid su nombre. R/. Proclamad día tras día su victoria. Contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a todas las naciones. R/. Alégrese el cielo, goce la tierra, retumbe el mar y cuanto lo llena; vitoreen los campos y cuanto hay en ellos, aclamen los árboles del bosque. R/. Delante del Señor, que ya llega, ya llega a regir la tierra: regirá el orbe con justicia y los pueblos con fidelidad. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a Tito 2, 11-14

Querido hermano: Se ha manifestado la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres, enseñándonos a que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, llevemos ya desde ahora una vida sobria, justa y piadosa, aguardando la dicha que esperamos y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo, el cual se entregó por nosotros para rescatarnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo de su propiedad, dedicado enteramente a las buenas obras.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2, 1-14

Sucedió en aquellos días que salió un decreto del emperador Augusto, ordenando que se empadronase todo el Imperio. Este primer empadronamiento se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a empadronarse, cada cual a su ciudad. También José, por ser de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para empadronarse con su esposa María, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras estaban allí, le llegó a ella el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada. En aquella misma región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. De repente un ángel del Señor se les presentó; la gloria del Señor los envolvió de claridad, y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo: «No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.» De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad».

Pautas para la homilía

Crónica administrativa

El evangelista san Lucas nos narra el nacimiento de Jesús como si se tratara de un acto puramente administrativo dentro del Imperio Romano.

Se habla de una orden para llevar a cabo un censo en el Imperio. Algo que, por su extensión, sólo podía firmarlo Augusto, el Emperador de Roma. Como ejecutor más inmediato, Quirino, gobernador de la provincia senatorial de Siria. Los personajes de nuestra historia, José y María, suben a Belén, por ser de la estirpe de David. Al sentir allí María la llegada del parto y no haber sitio para ella en la posada, se refugian junto a un pesebre, donde tiene lugar el nacimiento de Jesús.

Sólo crónica. Pero, como en toda crónica, los detalles, la precisión y las palabras, marcan toda la diferencia. En orden descendente: Augusto, Quirino, Nazaret, Belén de Judea, José y María, la posada llena, el pesebre y Jesús. Sobresale el contraste intencionado entre Augusto, el emperador del mundo, y un niño recién nacido, nada, aparentemente nadie, pero realmente el Hijo de Dios.

Liturgia celestial

En la narración de San Lucas hay crónica, pero no sólo. Hay unas pautas, como una luz que ilumina el misterio que se encierra en esa crónica y en esos acontecimientos. Y esa luz se dirige hacia arriba, hacia el cielo.

En un segundo momento, entran en escena los ángeles que anuncian “la gran alegría, la buena noticia para todo el pueblo –para todo el mundo–”, el nacimiento del Mesías, del Salvador. “Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que Dios ama”.

A Dios la gloria y a nosotros, los humanos, la paz. Este es el mensaje y el deseo de Dios desde Nochebuena hasta siempre. Esta es la encomienda que nochebuena nos entrega: Paz. Con nosotros mismos para poder tenerla con los demás; y con nosotros y con los demás para poder tenerla con Dios. Esta es la forma que Dios busca para que le glorifiquemos en el cielo. ¿Cómo reconocer la paz a la que se refiere Dios por medio de los ángeles? Los signos se nos han dado: “Ahí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”. Un Niño, sólo un Niño, con el sello de Dios, la sencillez y el desprendimiento.

Liturgia terrenal

La celebración y la liturgia más humana la protagonizan los pastores. Estaban guardando el ganado en las colinas, más que montañas, de Belén. “Estaban velando, por turno, su rebaño”. Y es a ellos a quienes se dirige el ángel: “No temáis, os anuncio la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo”. Y los pastores, gente sencilla, van a Belén, se dirigen al portal, felicitan a María y a José, y les dicen cuanto han visto y oído.

Cada detalle es importante. Pero, por encima de los detalles están las personas. Y a mí me llaman la atención en este misterio Dios que habla y María que escucha. Todo propiciado por el Niño Dios.

Dios y María

“No temáis”, dice Dios, por medio del ángel. No temamos. Es un sentimiento muy humano ante lo desconocido y ante lo que nos supera. María tuvo que escuchar lo mismo nueve meses antes a otro ángel que hablaba en nombre de Dios. Jesús tuvo que repetir lo mismo que su Padre muchas veces a lo largo de su vida: “No temáis”. No temáis a nada ni a nadie, porque la seguridad que da el Niño, compatible con todas las miserias y carencias humanas que podamos imaginar, es superior a todo. No temáis, no temamos, porque estamos en las mejores manos; y de esas manos nadie nos podrá apartar más que nosotros mismos. Y que se nos note que no tememos, que sólo cantamos, celebramos y agradecemos.

“Os traigo la buena noticia, la gran alegría”, dice Dios a los pastores por medio del ángel. La noticia esperada durante siglos y preparada por medio de profetas, reyes y sacerdotes. La noticia más consoladora para quienes se sentían dominados por potencias extranjeras. La gran alegría de tener entre ellos al Hijo de Dios, al Mesías. Para nosotros, que sabemos más que los pastores de Belén, la alegría de todo lo que significó el Niño cuando se hizo adulto y nos mostró el rostro de su Padre antes de ofrecerse a él por nuestra salvación.

“María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”. Las cosas de Dios y, en particular, las cosas de aquel Niño. Y así empezó a ser la primera cristiana, la primera creyente, el modelo de la mujer orante. Se fijaba en todo, lo memorizaba, lo guardaba, lo meditaba, lo oraba y lo practicaba. Y todo con la sencillez de quien sólo se consideraba la “sierva del Señor”, aunque ella y nosotros sabemos que era su Madre. Todo un misterio. Todo un ejemplo, como el silencio y el saber estar de José.

Si como María hemos adorado al Niño, como María guardemos el misterio en nuestro corazón. Si, como los pastores, hemos visto, oído o al menos intuido, el misterio que celosamente guardamos, como los pastores vayamos y contemos.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Evangelio para niños

Natividad del Señor - 24 de diciembre de 2012



Nacimiento de Jesús

Lucas 2, 1-14

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquellos días salió un decreto del emperador Augusto, ordenando hacer un censo de mundo entero. Este fue el primer censo que se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a inscribirse, cada cual a su ciudad. También José, que era de la casa y familia de David, subió a la ciudad de Nazaret en Galilea a la ciudad de David, que se llama Belén, para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta. Y mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada. En aquella región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. Y un ángel del Señor se les presentó: La gloria del Señor los envolvió de claridad y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo: - No temáis, os traigo la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo, hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: - Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama.

Explicación

Os traigo una noticia estupenda: hoy, en Belén, os ha nacido un niño, llamado Jesús. Es Dios con nosotros. Y la señal por la que le conoceréis es que está envuelto en pañales y acostado en un pesebre. No os extrañe oír canciones con esta letra: "Paz en la tierra a las personas que Dios ama y alegría grande para Dios en el cielo".